

# ESPIGANDO EN LA BIBLIA A LA LUZ DEL CONCILIO

## LA IGLESIA «VIÑA DEL SEÑOR»

El texto conciliar de hoy referente al misterio de la Iglesia, nos sitúa en una atmósfera bucólica y deliciosa, descubriéndonos las ternuras del amor del Señor y nuestra dulce intimidad con El. La Iglesia es la **Viña del Señor**: elocuente y encantadora alegoría, con densidad de doctrina y profunda raigambre bíblica, que el Concilio nos la presenta matizada de la siguiente manera:

La Iglesia es "agricultura" o arada de Dios (I Cor. 3, 9). En este campo crece el vetusto olivo, cuya santa raíz fueron los patriarcas, en la cual se efectuó y concluirá la reconciliación de los judíos y de los gentiles (Rom. 11, 13-26). El celestial Agricultor la plantó como viña elegida (Mt. 21, 33-43; Is. 5, 1 ss.) La verdadera vid es Cristo, que comunica la savia y la fecundidad a los sarmientos, es decir, a nosotros, que estamos vinculados a El por medio de la Iglesia; sin El nada podemos hacer (Jn. 15, 1-5): LG. n. 6.

La viña, cual figura del Pueblo de Dios, es frecuentísima en la Biblia, para indicarnos los amorosos cuidados que El—"el celestiai Agricultor"—tiene en su plantación y cultivo, esperando frutos de un vino de fidelidad y de amor.

Aplicada a Israel, hallamos la alegoría de la viña con mucha frecuencia en el Antiguo Testamento, particularmente en los salmos y en los profetas.

Entre los salmos, escogemos el 79 que en forma bellísima canta las maravillas de Dios sacando a Israel de Egipto a la vez que preparándole el plantío en tierra de Canaán, donde la "vid" echó profundas raíces extendiendo luego, al crecer, sus pámpanos y sarmientos de occidente a oriente—"hasta el mar, y sus brotes hasta el Gran Río" (mar mediterráneo y río Eufrates)—lamentando luego el salmista las devastaciones enemigas que, en castigo a sus infidelidades, hubo de sufrir esta viña o tierra de Judá:

**Sacaste una vid de Egipto, expulsaste a los gentiles, y la trasplantaste; le preparaste el terreno y echó raíces hasta llenar el país; su sombra cubría las montañas, y sus pámpanos, los cedros altísimos; extendió sus sarmientos hasta el mar, y sus brotes hasta el Gran Río. ¿Por qué has derribado su cerca para que la saqueen los jabalíes y se la coman las alimañas? Dios de los ejércitos, vuélvete: mira desde el cielo, fijate, ven a visitar tu viña, la cepa que tu diestra plantó, y que tú hiciste vigorosa (vv. 9-16).**

De los profetas escogemos el primero de los dos poemas que nos ofrece Isaías, conceptualmente muy paralelo con el salmo que acabamos de citar, donde el gran vate de Judá durante los reinados de Joatán, Acáz y Ezequías (s. VIII a. C.), canta alegóricamente el grande y tierno amor del Señor hacia su pueblo escogido, a la vez que las infidelidades de éste, por lo que será castigado y repudiado; pasaje de Isaías muy semejante, en significado, con la grande parábola de Jesús referente a los viñadores homicidas (Mt. 21, 33-44):

**Voy a cantar a mi amigo la canción de su amor por su viña. Una viña tenía mi amigo en un fértil otero. La cavó y despedregó, y la plantó de cepa exquisita. Edificó una torre en medio de ella, y además excavó en ella un lagar. Y esperó diese uva, pero dio agraces.**

**Ahora, pues, habitantes de Jerusalén y hombres de Judá, venid a juzgar entre mi viña y yo: ¿Qué más se puede hacer ya a mi viña, que no se lo haya hecho yo? Yo esperaba que diese uvas. ¿Por qué ha dado agraces? Ahora, pues, voy a haceros saber, lo que hago yo a mi viña: quitar su seto, y será quemada; desportillar su cerca, y será pisoteada. Haré de ella un erial que ni se pode ni se escarde, crecerá la zarza y el espinó, y a las nubes prohibiré llover sobre ella (5, 1-6: véase en el cap. 27 el segundo poema del mismo Isaías, referido alegóricamente a Israel).**

El mismo tema de la viña de Israel, elegida y luego repudiada, esbozado primeramente por Oseas (cap. 10), lo repetirán también los subsiguientes profetas Jeremías (2, 21; 5, 10; 6, 9; 12, 10) y Ezequiel (15, 1-8; 17, 3-10; 19, 10-14).

Del Nuevo Testamento, a más de la aludida grandiosa parábola de Jesús sobre los viñadores homicidas—entendida muy bien por "los príncipes de los sacerdotes y los faiseos", por lo que "querían apoderarse de El" (Mt. 21, 45-46)—oigamos de labios del mismo Jesús la hermosísima alegoría de la "vid y los sarmientos", tan repleta de sentido a cerca de nuestra unión vital con El, como condición indispensable de la fecundidad de la Iglesia, al propio tiempo que tremendamente expresiva de nuestra condición de "sarmientos aptos tan sólo para ser arrojados al fuego", si por nuestra culpa perdemos nuestra vital inmanencia con la Vid. El momento y circunstancias en que el Divino Maestro pronuncia esta parábola sobre su Iglesia—"la noche en que iba a ser entregado"—dan mayor realce y colorido a sus palabras; nos la ofrece San Juan, tan rico en símbolos y alegorías:

**Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto lo limpia, para que dé más fruto. Vosotros estáis ya limpios gracias a la Palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden (15, 1-6).**

A continuación de estas palabras, nos indica Jesús el fruto más exquisito que espera de esta nuestra tan vital inserción en El, expresada mediante la bellísima alegoría que acabamos de oír. A este fruto le llama "el mandamiento mío", en el cual se resumen y compendian todos los demás mandamientos, garantes de permanecer en su amor:

**Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los de mi Padre, y permaneceré en su amor. Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado. ESTE ES EL MANDAMIENTO MIO: que os améis los unos a los otros como yo os he amado... (ib. 10-12).**

P. Agustí M.<sup>a</sup> Forcadell, O. Carm.